

Llegó del PACÍ para marcar una

Recuerdo con precisión el día que mi madre por primera vez me llevó a su trabajo. En ese tiempo yo tenía 8 años, ese día no hubo clase en la escuela. La mañana estaba totalmente soleada y, como es de esperar, en Cali estaba haciendo un calor terrible. Yo estaba vestida con un overol café y el peinado de siempre, dos moñitas a los lados (odiaba ese peinado).

Llegamos con mucha prisa, ahora caigo en cuenta de que el lugar era muy bonito. Era un edificio de dos pisos, con escaleras internas que conectaban las oficinas principales, tanto del primer piso como del segundo. Las paredes eran blancas, y había costosas pinturas de libertadores que hacen parte de la historia de Colombia. Este era el Sindicato Municipal de Empleados, donde la mayoría de colaboradores eran hombres. Mi mamá era la única aseadora y tenía jornadas de trabajo completas: en-

traba a las 8:00 am y salía a las 5:00 p.m. Mantenía el lugar impecable y me decía: “cada trabajo que hagas en la vida debes realizarlo con pasión”.

Esto despertó en mí un sin fin de preguntas. Sin embargo, la primera que siempre venía a mi cabeza era: ¿por qué mi madre es aseadora y no abogada, médica o alguna de estas profesiones, que los padres de mis compañeros en el colegio ejercían?

Con muchísimo respeto y pena le pregunté, y ella me respondía: “Mayra soy aseadora porque allá en el Chocó, en Itsmina, donde a yo vivía, nos despojaron de nuestras pertenencias, mataron a 6 de mis hermanos y el resto nos fuimos a vivir a otras ciudades”. Yo le seguía haciendo preguntas, ¿pero quién los mató?, ¿qué es despojar?, ¿yo tengo más tíos y tías?

ELICO

historia

Y así iba pasando la tarde... Ella sólo se limitaba a responder. Fue un momento difícil. Aunque sólo tenía 8 años, era un poco inocente, pero al mismo tiempo estaba siendo consciente de una realidad que estaba viviendo mi madre en Cali. Nunca me imaginé que estaba saliendo de un lugar de conflicto para llegar a otro.

En 1970 en la ciudad se levantó un grupo al margen de la ley, el M-19 (Movimiento 19 de Abril). Justo en ese momento mi madre llegó a vivir al Distrito de Aguablanca. Ese mismo año también se estaban celebrando los juegos de velero, en la que era la hermosa laguna del Pondaje, Charco Azul.

A mi madre le ha tocado vivir el fenómeno de la violencia, se ha enfrentado a grupos como el M19, el ELN y bandas de crimen organizado en el sector de Los Lagos, en el Distrito de Aguablanca. Después de un tiempo empecé a entender por qué mi ma-

dre tiene un carácter tan fuerte. Ella me enseñó a luchar por mis sueños, aunque fuese una mujer desplazada por la violencia. Llegó del Pacífico Colombiano para marcar una historia, no sólo en mi vida sino en la de las demás personas. Siempre la escuchaba hablar sus con amigas, les contaba sus historias y ellas lloraban porque todas estaban viviendo situaciones similares.

Unos de tantos días escuché lo que decía una señora que trabajaba en una casa de familia:

“Trabajar en una casa de familia no permite que una pueda cuidar a sus hijos, y menos que lo acompañe en su crecimiento y desarrollo. Lo mas triste es que si no se trabaja, ¿quién supe económicamente las necesidades de la casa? El sueldo no alcanza para nada, a duras penas puedo pagarle el estudio a mi hijo y comprar para

la comida. Me pagan \$25.000 el día, al menos no trabajo interna, tampoco se puede aspirar a más ”.

Otra señora hacía esta reflexión:

“ Cuantas tías, primas, madres, abuelas, hermanas, vecinas, amigas etc. nos a tocado en muchos momentos de la vida dejar a nuestros hijos e hijas, con el dolor profundo que eso significa, al cuidado de otros parientes de la familia, con las abuelas, las tías, las madrinas, o con una vecina, o también con los hermanitos más grandecitos, mientras vamos a casa de familia a recibir en muchas ocasiones humillaciones por unos cuantos pesos, que a veces sólo nos alcanza para darle de medio comer al hijo o los hijos que dejamos ”.

Vamos a esas casas de familia a cuidar niños ajenos, les damos amor, les inculcamos valores. A la misma vez estamos perdiendo el amor, el afecto y la posibilidad de diálogo con nuestros hijos, que terminan viendo como figura materna a la persona que estaba a su lado. Lo más duro es que en ocasiones nuestros hijos, sobrinos, primos, también sienten el dolor profundo de no tener a su madre al lado, dándoles amor, inculcándoles valores, enseñándoles a afrontar la vida; y lamentablemente son nuestros hijos, nuestros hermanos, nuestros primos, ahijados, nuestros sobrinos o vecinos los que terminan siendo presa fácil de flagelos sociales como las drogas, la prostitución, la delincuencia común o, en el peor de los casos, reclutados por actores armados.

Yo sólo escuchaba lo que decían y parecía una esponja, tomaba todo lo que decían y lo analizaba. Ninguna de ellas sabía que yo estaba escondida escuchándolas sufrir por sus situaciones como mujeres que tra-

“Ella me enseñó a luchar por mis sueños, aunque fuese una mujer desplazada por la violencia. Llegó del Pacífico Colombiano para marcar una historia...”

bajaban en el servicio doméstico. Estas reuniones las hacían tres veces por semana. Después de desahogarse empezaban a planear cómo le iban a hablar al M-19. Mi casa era un ranchito de esterilla, pero ese entonces mi mamá era la vocera del barrio.

El barrio era todo un pantano, todo el tiempo yo estaba sucia, las calles no las habían pavimentado. Se hacía el aseo y era más el polvo que entraba que cuando no se hacía nada. Mis amiguitos siempre estaban enfermos, pues la mayoría de sus madres no podían acompañarlos, porque no tenían tiempo y dinero para llevarlos al hospital, debido a su trabajo u oficio en el servicio doméstico. A mis amiguitos les daba mucha gripa, pero yo me sabía muchos remedios caseros con hierbas que mi mamá me hacía. Los fines de semana y en las noches las señoras de mi sector, que llamaban para hablar conmigo, me decían que sabía muchas cosas para tener ocho años.

Yo cuidaba de sus hijos e hijas cuando se iban a la tienda. Les preparaba los remedios con hierbas para que sus hijos, o sea mis amiguitos se aliviaran, porque yo siempre quería estar jugando con ellos.

También me gustaba escuchar las conversaciones de las personas adultas para aprender ellos.

Yo veía cómo mi mamá se enfrentaba a los miembros del M-19. Una vez más yo estaba escondida escuchando lo que decían. Ella era muy cuidadosa con sus palabras, les hacía ver que era importante que dejaran de matar a las personas que habitaban el sector. En ningún momento vi a mi madre con cara de derrota, al contrario ellos la respetaban y le temían, pues ella con su carácter sostenía conversaciones que los llevaban a reflexionar sobre sus actos. Mi madre siempre ha sido una mujer sin rencores y en búsqueda de soluciones.

Gracias a su liderazgo adelantó proyectos a través de la gestión política. Así consiguió pavimentar la cuadra, tazas sanitarias para los habitantes del sector e instalación y construcción de postes de energía.

“...les hacía ver que era importante que dejaran de matar a las personas que habitaban el sector. En ningún momento vi a mi madre con cara de derrota, al contrario ellos la respetaban y le temían...”.

Ha sido una mujer fuerte. Mientras que era aseo estudiaba los fines de semana enfermería y, a veces, cuando yo no tenía clase, me llevaba para que la ayudara hacer el aseo en su lugar de trabajo, pero también me llevaba a su instituto a verla estudiar. Con gracia recuerdo que en muchas ocasiones le ayudaba a hacer chancuco en sus exámenes y a sus compañeras de estudio también.

A pesar de que en mi presencia mi madre recibió muchos insultos en su trabajo de aseo, eso nunca la detuvo. Yo veía grandeza y educación en mi mamá. Con sus actos me enseñó a ser fuerte. Ella me decía: “mírame trabajar para que aprendas, pero también para que te des cuenta que debes ser fuerte y valiente”.

Mi madre fue líder política. Hoy en día sigue ayudando a mujeres en su misma condición. Actualmente yo soy líder para el cambio social, por lo que esta es la más hermosa historia que pude vivir y que ahora, orgullosamente voy contando por el mundo. A Dios y al cielo doy gracias por haberme permitido vivir todo esto.

MAYRA ALEJANDRA QUIÑONES MOSQUERA

Estudié comunicación social y periodismo en la Universidad Autónoma de Occidente. Soy caleña, me encanta tocar música y cantar. Soy coordinadora del grupo Etnia UAO, amo a Dios y espero que mi nombre quede registrado en la historia del país algún día.